

Rosmini y la conciencia

El término «conciencia» surge en el panorama filosófico, en particular, a partir del siglo XVII, pero, sigue siendo un problema abierto, a pesar de los numerosos estudios al respecto, sobre el que aún hoy se interrogan los estudiosos de diversas disciplinas. En los últimos años, tanto en Italia como en el resto del mundo, se ha desarrollado un amplio debate que ha dado lugar a diversas teorías y modelos interpretativos, en un intento por resolver las cuestiones relacionadas con la conciencia. Sin embargo, la exploración científica se inclina cada vez más por adoptar un enfoque interdisciplinario, que involucra en primer lugar a la filosofía. Por ello, el tema de la conciencia se encuentra dentro de una reflexión más amplia sobre el ser humano y su constitución estratificada y compleja. El ser humano, al crecer, adquiere gradualmente la conciencia de sí mismo; la manifestación de su «yo» (o autoconciencia) se vuelve fundamental para la autocomprendión, la autoformación y la acción moral. Por lo tanto, el término «conciencia» se refiere a todas las experiencias vividas por el sujeto, de las que tiene conciencia inmediata. Se trata de una cuestión esencial, precisamente porque se vuelve a situar en el centro a la persona y a la existencia humana en su especificidad. De hecho, se puede decir que incluso los animales tienen un cierto grado de conciencia, que, sin embargo, se configura como una capacidad instintiva de percepción que los guía en la dinámica estímulo-respuesta. Lo que diferencia al ser humano de todos los demás seres vivos es precisamente su capacidad de reflexionar sobre sí mismo y, por lo tanto, de tener conciencia de sí mismo.

No se trata de una novedad, sino del redescubrimiento de un tema que tiene sus raíces en tiempos remotos. Si bien el término «conciencia» se introdujo en la era moderna, la reflexión filosófica sobre la capacidad del ser humano para conocerse a sí mismo es mucho más antigua. El problema de la conciencia remite al de la interioridad, el alma y la subjetividad, temas que, con diferentes matices, se encuentran a lo largo de toda la historia de la filosofía. Pensemos en algunos autores de la tradición cristiana, entre los que destaca Agustín, según el cual el ser humano, en su interioridad, tiene conocimiento de sí mismo (*notitia sui*) y, por lo tanto, memoria de sí mismo (*memoria sui*). Sin embargo, a pesar de su conciencia, el sujeto no puede llegar a una respuesta definitiva sobre su propia constitución interior y la conocida cita

heraclitea se afirma como verdad: «Por mucho que camine, y sin recorrer todo el camino, nunca podrá encontrar los límites del alma: tan profundo es su logos».¹ Se trata, por tanto, de dejar espacio a la pregunta y dejarse guiar por ella.

Entre las voces más autorizadas que han sabido volver a arrojar luz sobre la magna quaestio de sabor agustiniano se encuentra también la de Antonio Rosmini, que fue capaz de reabrir un tema antiguo utilizando el lenguaje de sus contemporáneos. Él atribuye a la conciencia un lugar central dentro de sus reflexiones antropológicas y, consciente de las investigaciones que innumerables filósofos han dedicado a este tema antes que él, recurre a diversas fuentes y logra aportar una contribución decisiva. Rosmini dialoga en particular con algunas grandes figuras de la tradición idealista, como Hegel y Fichte, de quienes rechaza lo que le parece un exceso de subjetivismo, pero también con algunos filósofos franceses que se han ocupado de la percepción y del tema de la corporeidad, entre ellos Descartes, Condillac y Main de Biran, y también con autores anglosajones, como Thomas Reid, a quien reconoce el mérito de haber distinguido la sensación de la percepción. Tampoco deja de confrontarse con algunos filósofos italianos de su época, y es en particular Pasquale Galluppi quien representa un interlocutor importante para entrar en el meollo del tema de la percepción del yo. En su análisis sobre la subjetividad, el filósofo de Rovereto utiliza la palabra «conciencia» refiriéndose siempre al resultado de una operación reflexiva, posible gracias a ese trasfondo de sentido que es el ser ideal, a partir del cual también es posible la reflexión consciente sobre el sentir. Según el Roveretano, de hecho, toda experiencia sensible es percibida por el sujeto solo cuando va acompañada del juicio intelectual, de lo contrario no tendríamos conciencia de ella.

El enfoque rosminiano resulta más actual que nunca, precisamente porque sabe mirar hacia ese conjunto de experiencias subjetivas y personales no cuantificables, y por lo tanto no medibles, que también están en el centro de las investigaciones neurocientíficas contemporáneas. Por estas razones, el presente número de «Rosmini Studies» ofrece su contribución, acogiendo algunos trabajos dedicados al tema de la conciencia, según la perspectiva rosminiana, pero también en comparación con las ciencias cognitivas. Por otra parte, los análisis realizados por el Roveretano remiten a las fuentes de un problema que siempre ha sido fundamental porque, como se decía, el tema de la conciencia remite al de la interioridad y la persona, pero también concierne al problema del cuerpo y la identidad. El

¹ Heráclito, 45 DK.

sujeto humano es capaz de darse cuenta de sí mismo y de su propia individualidad, porque puede, en cierta medida, distanciarse de sí mismo. La experiencia subjetiva de la persona, de hecho, no es fácilmente circunscrita, ya que no se refiere solo a su naturaleza físico-material. Sin embargo, esto no significa que la dimensión corporal quede excluida del análisis que conduce al tema de la conciencia, sino que, por el contrario, es una vez más Rosmini quien habla de la capacidad humana de tomar conciencia de la vida gracias al sentimiento de sí mismo: «en la primera percepción del cuerpo experimentamos un sentimiento, que es el placer de la vida o sea de la conjunción individual de un cuerpo con nosotros».² El cuerpo, por lo tanto, no es solo un cuerpo físico, sino también un cuerpo vivido, que podríamos llamar Leib, distinguiéndolo del Körper, utilizando el lenguaje fenomenológico introducido por Edmund Husserl.

En su proceso de crecimiento, el sujeto humano experimenta el mundo, a los demás sujetos y luego a sí mismo, ante todo a través de su propia corporeidad. La conciencia, por lo tanto, es también conciencia corporal: el yo se encuentra con el no yo a través de la mediación del cuerpo, que también es el centro de las investigaciones de los primeros exponentes de la escuela fenomenológica husserliana y luego de algunos filósofos posteriores, como M. Heidegger, J.-P. Sartre, M. Merleau-Ponty y P. Ricoeur, por citar solo algunos nombres significativos. El ser humano tiene conciencia del otro a través de un encuentro que es físico, pero también psíquico y espiritual, y en él/ella es posible reconocer una similitud estructural. Se trata del tema de la empatía (Einfühlung), que encuentra su formulación en particular gracias a la fenomenóloga Edith Stein, pero que luego tendrá una gran resonancia en todo el siglo XX y en la filosofía actual, también en relación con algunos descubrimientos neurocientíficos recientes, como lo de las neuronas espejo.

El reconocimiento del otro, el conocimiento de las cosas y del mundo, preceden a la acción que, cuando es humana, siempre está movida por una voluntad libre. Se abre entonces otro gran tema, el de la conciencia moral. El ser humano, de hecho, no solo es consciente de sí mismo, sino también de sus propios deseos y acciones. La capacidad de discernimiento y de elección es propia solo del sujeto humano; ciertamente puede educarse, pero se arraiga en lo que, según Scheler, podemos llamar intuición emocional (Fühlen). Se trata de la capacidad

² A. ROSMINI, *Nuovo Saggio sull'origine delle idee*, a cargo de G. MESSINA, vol. 4 de la ENC, Città Nuova, Roma 2004, p. 275.

original de reconocer el valor de las cosas y admitir, por tanto, un supuesto de corrección y verdad, universal y a priori. El análisis antropológico encuentra aquí un fundamento metafísico esencial, ya que la capacidad humana de reconocer el valor cualitativo de las cosas y de intuir su sentido objetivo, para luego asumirlo como criterio de elección, remite a una dimensión que trasciende y supera la dimensión finita del hombre, poniéndolo en relación con el infinito.

La reflexión sobre la conciencia, que es también conciencia moral, remite necesariamente a la relación entre el hombre y Dios. Por lo tanto, el dato teológico puede incorporarse legítimamente a la reflexión filosófica, lo que permite ampliar aún más la perspectiva sobre el tema de la conciencia. El ser humano es capaz de repliegarse sobre sí mismo y de conocerse exteriormente, pero sobre todo interiormente, precisamente gracias a su relación con el otro: encuentro la alteridad y me reconozco diferente, aunque estructuralmente idéntico. Este reconocimiento precede a mi acción hacia él y a mi obrar, que puede estar guiado por la caridad. Sin embargo, esta capacidad de amar al ser humano no tiene su origen en el hombre mismo, sino que se arraiga en su dimensión espiritual; en efecto, en el ser humano existe no solo la posibilidad de intuir el logos que actúa en todas las cosas, sino también la de «ejercitármelo» y, por tanto, de elegir el camino del bien. En este sentido, la panorámica que se abre al abordar el tema de la conciencia comprende realmente un conjunto muy amplio de perspectivas, desde la específicamente antropológica hasta la psicopedagógica y cognitiva, pasando por la mirada metafísica y luego teológica sobre lo humano.